

DEBATES E INTERVENCIONES

Los saqueos en la historia argentina. Trayectos de una práctica colectiva

GABRIEL DI MEGLIO

Universidad de Buenos Aires
gabrieldimeglio@gmail.com

SERGIO SERULNIKOV

Universidad de San Andrés
sserulnikov@udesa.edu.ar

Resumen: Los saqueos por motivos económicos o políticos, con fines de beneficio personal o de destrucción ritual, han sido un fenómeno recurrente en la historia argentina. Sin embargo, han merecido escasa atención historiográfica, si se los compara con otras formas de acción colectiva. Su sentido suele ser opaco para el análisis; la distancia entre protesta y beneficio individual no es transparente. Forma clara de violencia colectiva, es menos evidente su condición de acción política. El artículo examina las características y el significado de los saqueos en distintos tiempos y lugares. Analiza luego la emergencia de la práctica colectiva en tres coyunturas históricas muy diferentes entre sí. La primera es la guerra de la independencia del Río de la Plata y las disputas en torno a la conformación del Estado nacional en el siglo XIX. La segunda remite a las tensiones suscitadas por la instauración de la democracia liberal y el surgimiento de dos grandes partidos políticos de masas, el radicalismo y el peronismo. La tercera se centra en los nuevos tipos de conflictividad social emanados del proceso de desindustrialización y el acelerado crecimiento de la pobreza estructural entre la década de 1970 y comienzos del presente siglo.

Palabras clave: saqueo, acción política, protesta social, historia argentina, violencia colectiva

Recibido: 5 de junio de 2025. **Aprobado:** 1 de julio de 2025.

Los saqueos como categoría analítica

Los saqueos colectivos por motivos económicos o políticos, con fines de beneficio personal o de destrucción ritual, han sido un fenómeno recurrente en la historia argentina. Los masivos asaltos a supermercados ocurridos en 2001, un estallido social que conmocionó al país como ningún otro y llegó a atraer la atención de los principales portales de noticias del mundo, fueron su más espectacular expresión. Sin embargo, estuvo lejos de ser la única. No constituyen desde luego una rutina de contención, nunca por su propia naturaleza pueden serlo, pero sí una posibilidad latente, un recurso disponible que bajo ciertas circunstancias se activa. Y a pesar de su periódica irrupción, los saqueos permanecen un objeto opaco de estudio. Otras modalidades de protesta popular emergidas durante las últimas tres décadas en Argentina, tales como los piquetes, las puebladas o los cacerolazos, resultan mucho más inteligibles. Podemos discernir sin mayores contorsiones analíticas su lógica organizativa, sus consignas, sus raíces históricas y su ideología. Que la gente se lance a las calles y las rutas para exigir que sus demandas sean atendidas no es algo que resulte extraño en un país con tan profusas y variadas experiencias de movilización. Los saqueos son en cambio otra cosa. La manifestación del descontento se actualiza en el propio acto en que se satisfacen necesidades inmediatas. La distancia entre protesta colectiva y beneficio individual no es en absoluto transparente. Forma extrema de violencia social, su *politicidad* es mucho menos evidente.

Otros saqueos ocurridos en el siglo XX, no ya por motivos materiales, como los de 2001, sino estrictamente políticos, como los ataques a sitios vinculados al yrigoyenismo y al peronismo en 1930 y en 1955, no corrieron mejor suerte. Decantaron en la memoria histórica como erupciones ocasionales y extemporáneas de revanchismo partidario y euforia destructiva: válvulas de escape de tensiones sociales por mucho tiempo contenidas. Por su parte, el desvalijamiento de ciudades, pueblos y asentamientos fronterizos que siguió a la Revolución de Mayo de 1810 y puntuó gran parte del siglo XIX suele aparecer como meros epifenómenos de las conflagraciones de la época; vale decir, como “un mecanismo central de acumulación predatoria en situaciones de guerra”, según la definición del cientista político Roger MacGinty.¹ De ese modo, los saqueos tienden a ser interpretados como comportamientos anómalos propios de coyunturas históricas peculiares en las que los valores que regulan la convivencia social en tiempos normales dejan de regir. Se caracterizan por su inmediatez y carácter reactivo, por su negatividad.

Si tornamos nuestra atención a la historia universal, la práctica colectiva del saqueo se presenta en contextos muy disímiles y, por lo tanto, es refractaria a modelos explicativos unívocos. Apropiarse de un botín tomado a los

¹ Roger Mac Ginty, “Looting in the Context of Violent Conflict: A Conceptualisation and Typology”, *Third World Quarterly*, 25/5 (2004): 858.

vencidos o desvalijar una localidad sojuzgada militarmente fueron acciones que acompañaron las guerras a lo largo de siglos. Episodios de este tipo aparecen a su vez en situaciones de generalizada conflictividad política, transferencias de soberanía o revoluciones sociales. Suelen emerger también en momentos de desastres naturales o en circunstancias que generan oportunidades de pillaje debido a la momentánea interrupción de los mecanismos punitivos: una huelga policial en Montreal en 1969, un corte total y prolongado de energía en la ciudad de Nueva York en 1977, el huracán Katrina que azotó Nueva Orleans en 2005 o el terremoto y el tsunami de Chile de 2010.² Y los saqueos son inherentes, desde luego, a las crisis de subsistencia en distintas latitudes y periodos históricos, desde los *food riots* en Europa occidental durante la transición de la sociedad del Antiguo Régimen a la economía de libre mercado hasta los estallidos en distintas ciudades latinoamericanas con motivo de los programas de ajuste fiscal durante la crisis de la deuda externa en la década de 1980 o las revueltas por alimentos acaecidas en Asia y en África a comienzos del siglo XXI debido al incontenible avance de la agricultura de exportación y el consiguiente alza de los precios internos de productos de consumo masivo, como el arroz, el maíz, el café y otras *commodities*.³

La sustracción colectiva de bienes con fines de consumo personal o para su destrucción es una constante histórica, sea por anhelos vindicativos, contextos de impunidad o privación material. “La necesidad arrasa con leyes y gobiernos, y el hambre atravesará muros de piedra”, advertían en el siglo XVII los artesanos al Parlamento inglés, al justificar que gavillas de pobres estuvieran incautando los granos antes de que fueran vendidos en el mercado.⁴ Pero hoy sabemos que la necesidad no explica por sí misma los comportamientos grupales, como tampoco lo hacen los impulsos revanchistas o la temporaria ausencia de fuerzas de seguridad. Historiadores como Edward P. Thompson o Louise Tilly demostraron que detrás de los motines de subsistencia del siglo XVIII en Gran Bretaña y en Francia subyacían inveteradas concepciones acerca de la debida regulación del precio de los alimentos esenciales. Lo que impulsaba hacia el pillaje no era la mera privación, sino un sentido de injusticia, la violación de la “economía moral” de la multitud: los sectores populares ponían en práctica aquello que

² Sobre el caso chileno, véase Manuel Baeza, “Carnaval perverso: Terremoto + tsunami y saqueos en el Chile de 2010”, *Sociedad Hoy*, 19 (2010): 53-69.

³ Para estudios comparativos, de síntesis y/o metodológicos sobre saqueos en diversos contextos, véanse Charles Tilly, *The Politics of Collective Violence* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003); Mac Ginty, “Looting in the Context”, en *Free Markets and Food Riots: The Politics of Global Adjustment*, John K. Walton y David Seddon (Cambridge: Wiley-Blackwell, 1994); y Eric Hobsbawm, *Bandidos* (Barcelona: Crítica, 2000).

⁴ Christopher Hill, *The World Turned Upside Down* (Londres: Penguin Books, 1991), 108.

pensaban que el Gobierno debía hacer y se rehusaba a hacerlo.⁵ Era un tipo de sistema normativo de creencias que, según Natalie Zemon Davis, también trasuntaban las sustracciones de bienes efectuadas en el marco de los sangrientos motines religiosos franceses del siglo XVI.⁶

Se ha señalado asimismo que, en las numerosas rebeliones campesinas en la India colonial o en Rusia durante la revolución de 1905, el pillaje de las grandes propiedades terratenientes tendía a discriminar entre granos, ganado o herramientas, por un lado, y objetos suntuarios como mobiliario, pinturas y vajilla, por otro: mientras que los primeros eran incautados, los segundos eran destruidos. Ranajit Guha argumenta convincentemente que la racionalidad de la acción no derivaba del mero cálculo económico; esto es, lo que es útil para la vida y lo que no. Respondía a una motivación doblemente política: diferenciar un derecho social de un acto delictivo y “socavar la autoridad de los señores mediante la eliminación de sus símbolos”.⁷ Raj Patel y Philip McMichael sostienen que los saqueos contemporáneos en diversos países asiáticos y africanos obedecen a las transformaciones estructurales causadas por la liberalización del comercio internacional de bienes de primera necesidad que acompañó el proceso de globalización de la década de 1990. Remiten, por lo tanto, a nociones de *food sovereignty*, en oposición a los *corporate food regimes* que se impusieron en los países de bajos ingresos conforme se desmontaron los distintos sistemas de provisión de alimentos (*food security*) instaurados durante la Guerra Fría para prevenir estallidos sociales y la expansión del comunismo.⁸

Por su parte, las múltiples olas de saqueos en ciudades estadounidenses desde mediados del siglo pasado son un reflejo de las intratables desigualdades raciales en el acceso a los recursos económicos, los servicios de educación y seguridad, y los símbolos de prestigio social. Ello resulta particularmente patente en episodios surgidos a raíz de atentados políticos, decisiones judiciales y brutalidad policial contra gente de color, tales como los furibundos asaltos a comercios que siguieron al asesinato de Martín Luther King en abril de 1968 o los más recientes en Los Ángeles luego de la absolución de los agresores de Rodney King o en Minneapolis tras el homicidio de George Floyd. Pero es cierto también, si más socavadamente,

⁵ Véanse Edward P. Thompson, “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, en *Tradicción, revuelta y conciencia de clase* (Barcelona: Grijalbo, 1979); Louise A. Tilly, “The Food Riot as a Form of Political Conflict in France”, *The Journal of Interdisciplinary History*, 2/1 (1971): 23-57.

⁶ Natalie Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France* (Stanford: Stanford University Press, 1975), 161-162.

⁷ Ranajit Guha, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (Durham: Duke University Press, 1999), 146.

⁸ Raj Patel y Philip McMichael, “A Political Economy of the Food Riot”, *Review. A Journal of the Fernand Braudel Center*, 32/1 (2009): 9-35.

en aquellos eventos derivados de catástrofes climáticas, prolongadas interrupciones del suministro eléctrico o incluso celebraciones deportivas, como los que tuvieron lugar en 1992 durante la coronación de los Chicago Bulls, el equipo de básquet de la NBA, investigados por el sociólogo Michael J. Rosenfeld.⁹

Volviendo atrás en el tiempo, los saqueos registrados en la Italia medieval y renacentista, en ocasión de la designación o del fallecimiento de altos prelados de la Iglesia y de magistrados civiles, nada tenían que ver con “la suspensión temporal de las leyes morales y políticas y el desencadenamiento de pasiones normalmente contenidas dentro del orden social”, un fenómeno que la literatura antropológica suele atribuir a los ritos de pasaje.¹⁰ Por el contrario, el historiador Carlo Ginzburg argumenta que, “en la afirmación violenta del derecho de saqueo, al mismo tiempo consuetudinario y transitorio, afloraban de golpe valores y tensiones latentes en los periodos de normalidad”. Uno de esos valores era considerar las posesiones de los funcionarios difuntos *res nullius* (cosas de nadie) debido al carácter puramente personal del vínculo con la autoridad y a la difusa distinción entre patrimonio individual y eclesiástico o público en general. Otra de las arraigadas convicciones consistía en concebir el despojo de las posesiones del nuevo papa como una oportunidad de restablecer “una imagen de la sociedad armoniosamente jerárquica en la cual los equilibrios de riqueza debían mantenerse dentro de ciertos límites definidos”.¹¹ Así mirado, el saqueo no buscaba destruir el orden establecido, sino restituirlo.

Desde el punto de vista histórico-metodológico, podría afirmarse que, en la medida de que los saqueos son acontecimientos aleatorios propios de circunstancias excepcionales y, por ende, diferentes entre sí, interpretar es contextualizar. El contexto lo es todo, lo cual tiene una crucial implicancia teórica: se trata de una práctica cuya cabal comprensión no puede ser plenamente capturada mediante las variables típicas de las teorías de la acción colectiva desarrolladas en los clásicos estudios de sociología histórica de Charles Tilly, Theda Skocpol, Sidney Tarrow, Barrington Moore Jr. y otros.

⁹ Michael J. Rosenfeld, “Celebration, Politics, Selective Looting and Riots: A Micro Level Study of the Bulls Riot of 1992 in Chicago”, *Social Problems*, 44/4 (1997): 483-502. Sobre los saqueos por motivos raciales en la década de 1960 y a raíz del corte de electricidad en Nueva York en 1977, véanse, respectivamente, E. L. Quarantelli y Russell R. Dynes, “Looting in Civil Disorders; An Index of Social Change”, en *Riots and Rebellion. Civil Violence in the Urban Community*, comps. Louis H. Masotti y Don R. Bowen (Berkeley Hills: Sage, 1968), 131-141; y Robert Curvin y Bruce Porter, *Blackout Looting! New York City, July 13, 1977* (New York: Gardner Press, 1979).

¹⁰ Carlo Ginzburg, “Saqueos rituales. Premisas para una investigación en curso”, en *Tentativas*, Carlo Ginzburg (Rosario: Prohistoria, 2004), 100.

¹¹ Ginzburg, *Tentativas*, 103-104 y 93-94.

Nos referimos a los recursos organizativos, la estructura de liderazgo, los patrones de movilización y la proclamación de reivindicaciones que expresan un horizonte compartido de valores e intereses.¹² El significado histórico de los saqueos remite precisamente a su carácter episódico, al sentido que adquieren al irrumpir en el espacio público. Incluso en aquellos casos en que responden a patrones más o menos pautados de comportamiento, nunca se ajustan por completo a un guión preestablecido; se asemejan más bien a “*un contrateatro recitado en forma improvisada sobre el escenario de la calle*”.¹³

Así pues, si los saqueos representan cesuras brutales en la vida en sociedad, no lo hacen por su carácter anómico o anárquico, sino por sacar a la superficie, en la tumultuosa subversión del orden establecido, los fundamentos últimos del contrato social. La voluntad de apropiación —la utilidad material o simbólica del pillaje— contiene siempre una dimensión epifánica. Los saqueos, como el arte en otra esfera, hacen visible. Parafraseando a Clifford Geertz, no son tanto una cuestión de “mecánica social” como de “semántica social”.¹⁴ Brindan un espectáculo que permite a los individuos sopesar desde otro ángulo al de su experiencia cotidiana, sus prerrogativas y sentido de pertenencia, su lugar (y el de los otros) en el cuerpo político. Aun en su reincidencia, a diferencia de otras modalidades de protesta y movilización, tienden a funcionar más como alegorías de las relaciones de poder que como metonimias de acción colectiva.

Los saqueos en las guerras del siglo XIX

La historia argentina es pródiga en este tipo de manifestaciones sociales, las cuales han tendido a agruparse, como arrecifes de coral, en torno a tres grandes momentos de cambio: las guerras del periodo de la independencia y la formación del Estado nacional; los antagonismos engendrados por la emergencia de los dos grandes partidos políticos populares del siglo XX, el radicalismo y el peronismo; y la transformación de la estructura socioeconómica suscitada por el progresivo proceso de desindustrialización iniciado en la década de 1970 y que se ha continuado, con altas y bajas, durante las primeras décadas del siglo XXI.

¹² Véanse Tilly, *The Politics of Collective Violence*; Theda Skocpol, *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979); Sidney Tarrow, *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics* (Cambridge and New York: Cambridge University Press, 1994); y Barrington Moore, Jr., *Injustice: The Social Bases of Obedience and Revolt* (New York: M.E. Sharpe: 1978).

¹³ Ginzburg, *Tentativas*, 98 (énfasis añadido).

¹⁴ Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (New York: Basic Books Inc., 1973), 448.

El primero de los ciclos, que se abre con la emancipación de las provincias del Río de la Plata de España y se extiende hasta el último cuarto del siglo XIX, fue protagonizado por fuerzas militares de variado tipo que operaron en escenarios de guerra abierta. El provecho material inmediato, la usurpación de bienes y en ocasiones la toma de cautivos resultaron de la desintegración de las instituciones locales de gobierno y la denegación de los derechos civiles a las poblaciones bajo ocupación. Son contiendas en las que se ponen en juego las pretensiones soberanas de los gobiernos revolucionarios y la Corona española, de unitarios y federales por el control del poder central, y de los pueblos nativos y los nacientes estados provinciales y nacional por el dominio de las fronteras entre “indios y cristianos”. Dado el contexto, el saqueo conjugó aquí un doble impulso: el de la violencia instrumental —el afán de apropiarse de algo— y el de la violencia expresiva —el infligir un daño a alguien—. Lo primero satisfacía una finalidad económica y lo segundo un imperativo político: establecer quién mandaba, en quiénes descansaba el ejercicio legítimo de la fuerza.

No era desde luego un fenómeno desconocido en los siglos previos. Las tribus indígenas que habitaban el actual territorio argentino conocían el saqueo desde antes de la llegada de los españoles, y la propia conquista europea fue motorizada por el pillaje a gran escala de las poblaciones americanas, en particular las grandes civilizaciones mesoamericanas y andinas. Durante los años coloniales, el territorio rioplatense experimentó distintas situaciones de depredación. Ocurrió, por mencionar solo algunas, en las incursiones “bandeirantes” del siglo XVII sobre las misiones jesuitas, en las expediciones desde Salta y las provincias aledañas al Chaco para tomar cautivos, en los ataques de grupos indígenas pampeanos y chaqueños a las haciendas hispano-criollas, en la captura española de la portuguesa Colonia do Sacramento en 1777.¹⁵

Lo que hicieron la Revolución de Mayo, el combate con los ejércitos regios y las posteriores confrontaciones armadas en torno a la organización nacional fue generalizar y normalizar esta clase de acciones. Estuvieron presentes en los múltiples enfrentamientos bélicos de pequeña envergadura entre las

¹⁵ Véanse Daniel Villar y Juan F. Jiménez, “Botín, materialización ideológica y guerra en las pampas durante la segunda mitad del siglo XVIII. El caso de Llanquihue”, *Revista de Indias*, 220 (2000): 687-707; Julio C. Djenderedjian, “Del saqueo corsario al regalo administrado. Circulación de bienes y ejercicio de la autoridad entre los abipones del Chaco oriental a lo largo del siglo XVIII”, *Folia Histórica del Nordeste*, 15 (2002): 175-195; Jorge Bracco, *Charriás, guenoas y guaraníes. Interacción y destrucción: indígenas en el Río de la Plata* (Montevideo: Linardi y Risso, 2004); y Florencia Carlón, “Repensando los malones del siglo XVIII en la frontera de Buenos Aires”, en *Gobierno, justicias y milicias. La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe (1720-1830)*, coords. Darío Barrera y Raúl O. Fradkin (La Plata: FAHCE-EdUNLP, 2014), 255-227.

décadas de 1820 y 1840, así como en episodios de mayor importancia, entre ellos la ocupación de la ciudad de Santa Fe por un ejército de Buenos Aires en 1816 y la de San Nicolás de los Arroyos en 1820 por otro destacamento porteño dedicado a castigar el alineamiento de la ciudad con una invasión santafesina, y en la irrupción en la ciudad de Salta de los furiosos seguidores del gobernador Martín Miguel de Güemes tras su asesinato en 1821. Hay que notar que los episodios de la época fueron producidos por un variado conjunto de actores: destacamentos de línea porteños, federales y portugueses como parte de premeditadas operaciones militares; soldados rasos contra la voluntad o la resignada anuencia de sus oficiales; bandas de salteadores; sectores plebeyos urbanos. Aunque consustancial con la experiencia de la guerra, la práctica colectiva del saqueo excede en este caso el consuetudinario derecho de los vencedores y aparece imbricada en una red más vasta de relaciones sociales y estructuras de sentido.¹⁶

En efecto, detrás de esta diversa gama de situaciones, se erige un fenómeno de gran significación histórica: la sostenida erosión de las jerarquías estamentales y las relaciones de deferencia propias de la sociedad colonial. Fue el efecto no buscado de dos fenómenos desconocidos hasta entonces: la militarización de la política que siguió al desmantelamiento de la administración colonial y la masiva conscripción de la población civil en los ejércitos. El rol protagónico del paisanaje rural y la plebe urbana, en tanto soldados de línea, milicianos o desertores, puso en juego concepciones niveladoras y libertarias; en la percepción de las élites locales, una multitud “insolentada” por el “dogma de la igualdad”. Era un dogma que abonaría los novedosos imaginarios sociales que impregnaron los caudillismos provinciales, el régimen de Juan Manuel de Rosas como gobernador de

¹⁶ Véanse Raúl O. Fradkin y Silvia Ratto, “El botín y las culturas de la guerra en el espacio litoral rioplatense”, *Amnis. Revue de civilisation contemporaine Europes/Ameriques*, 10 (2011), <https://journals.openedition.org/amnis/1277>; Mario Etchechury Barrera, “La devastación ‘como cálculo y sistema’. Violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840-1843)”, *Foros de Historia Política-Programa Interuniversitario de Historia Política*, 2015, http://historiapolitica.com/datos/foros/foro_movilizacionmilitar_etchechury.pdf; y Raúl O. Fradkin, “Saques en tiempos de revolución. Apuntes sobre la experiencia rioplatense”, en *La larga historia de los saques en la Argentina. De la Independencia a nuestros días*, comps. Gabriel Di Meglio y Sergio Serulnikov (Buenos Aires: Siglo XXI, 2017), 25-42. Sobre tres casos de saques durante esta época en México, Colombia y Venezuela, véanse Silvia Arrom, “Popular Politics in Mexico City: The Parián Riot, 1828”, *Hispanic American Historical Review*, 68/2 (1988): 245-256; Roger Pita Pico, “El saqueo de los ornamentos y las alhajas sagradas en las Guerras de Independencia de Colombia: entre la represión política y la devoción religiosa”, *Revista Complutense de Historia de América*, 43 (2017): 179-202; y Neller Ramón Ochoa, *Despojos inconfomres. Saques y secuestro de bienes en la Provincia de Caracas (1810-1821)* (Caracas: AGN/CNH, 2015).

Buenos Aires y principal factor de poder en el país entre 1829 y 1852 o, más genéricamente, valores políticos republicanos de fuerte arraigo. Si para la historia de la guerra el saqueo constituye una maniobra militar más, para la historia social representa (junto con el amotinamiento, la desertión en masa, la negociación de las condiciones de servicio, el ascenso social por mérito militar) una fragua en la que se reconfiguraron los vínculos de los sectores encumbrados y las clases bajas, lo que en los testimonios de la época aparece como “el pobre y el rico”, “el amo y el señor”, “el que manda y el que obedece”.¹⁷

Precisamente, guerra social es como se experimentó la más notable ocurrencia de saqueo de esta etapa: el masivo pillaje a las tiendas de Buenos Aires que siguió a la derrota de los ejércitos porteños en la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, un combate que puso fin al régimen de Juan Manuel de Rosas y abrió un nuevo ciclo en la historia del país. Además de la centralidad política y económica de la ciudad que lo sufrió, el saqueo presenta una notoria peculiaridad: no estuvo protagonizado por regimientos vencedores, como era la norma, sino por su propia población, las tropas derrotadas en Caseros y las clases bajas urbanas. Si bien no hay duda de que el momentáneo vacío de poder generado por la súbita debacle militar brindó la oportunidad para la revuelta, sus móviles obedecieron a causas más profundas. Se puede argumentar que lo que afloró durante el pillaje de la ciudad fueron tensiones acumuladas por la clausura de toda actividad política tras la supresión efectiva de cualquier atisbo de disenso que siguió a la victoria de Rosas sobre las fuerzas francesas e inglesas y sus aliados locales en 1842. Durante este periodo de máxima concentración de poder, incluso una tradicional celebración popular como la fiesta de carnaval fue proscripta. Es en la opresiva cultura pública de la década final de gobierno rosista donde deben buscarse los orígenes últimos del gran saqueo de Buenos Aires. Se trató de un hecho del orden de lo político más que de impulsos vandálicos desencadenados por la coyuntural disolución de toda forma de autoridad, de un hecho político y también socioeconómico: pocas horas pasaron para que los vecinos propietarios y comerciantes autoorganizados, respaldados por las fuerzas del triunfante comandante Justo José de Urquiza y por tripulaciones extranjeras estacionadas en el puerto de la ciudad, masacraran a centenas de

¹⁷ Citados en Fradkin, “Saqueos en tiempos de revolución”, 25-42. Sobre dos útiles compilaciones de estudios acerca de las guerras y las revueltas del periodo, véanse Sara Mata y Beatriz Bragoni (comps.), *Entre la Colonia y la República: Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur* (Buenos Aires: Prometeo Libros, 2009); y Federico Lorenz (comp.), *Guerras de la historia argentina* (Buenos Aires: Editorial Ariel, 2015).

personas involucradas en los incidentes. El orden posrosista se inauguró así con un virulento ajuste de cuentas mutuo. El saqueo fue su primer acto.¹⁸

Como hemos dicho, los saqueos están también en el corazón de un hecho que en la imaginación histórica argentina epitomiza como ningún otro la violenta sustracción de bienes: el malón. Por cierto, cuando se mira de cerca la organización y la dinámica de las invasiones indígenas a los asentamientos hispano-criollos en la frontera sur, se advierte que no hubo un solo tipo de malón, sino muchos. Era una práctica que comprendía desde operaciones de gran escala, que movilizaban a cientos o a miles de guerreros y requerían laboriosos acuerdos intraétnicos, hasta presurosas incursiones de grupos dispersos con prescindencia de sus parcialidades y caciques. En algunos casos, estaba motivada por imperativos económicos inmediatos de abastecimiento de ganado y cautivos; en otros, comportaba imponentes demostraciones de fuerza orientadas a torcer la voluntad de las autoridades provinciales y, a partir de la década de 1860, del flamante gobierno nacional.

Si bien los malones se distinguen de los otros saqueos del periodo por su carácter metódico, su regularidad y su planificación, fueron, como el resto, fenómenos altamente sobredeterminados. Funcionaron como mecanismos alternativos o complementarios al comercio, la política y la diplomacia, mediante los cuales las sociedades indígenas procuraron negociar, conforme las condiciones socioeconómicas y las relaciones de poder mutaban a ambos lados de la línea de fortines, su lugar en el complejo y abigarrado mundo de la frontera. Es un mundo que eventualmente quedaría obliterado por el exterminio o el desplazamiento de los pueblos originarios a manos de poderosos destacamentos del Ejército nacional. Hacia la década de 1880, mediante la denominada “Conquista del Desierto”, el Estado argentino lograría por fin establecer pleno control sobre los territorios del sur y posibilitar con ello la expansión de la frontera agrícola en momentos en que la pampa húmeda se estaba tornando en uno de los principales productores de ganado y de granos del mundo.¹⁹ Como lo ocurrido, por otras razones, en

¹⁸ Gabriel Di Meglio, “El saqueo y la muerte. El día después de la batalla de Caseros en Buenos Aires”, en Di Meglio y Serulnikov, *La larga historia de los saqueos*, 43-62. Sobre la batalla de Caseros, véase Alejandro Rabinovich, Ignacio Zubizarreta y Leonardo Canciani (eds.), *Caseros. La batalla por la organización nacional* (Buenos Aires: Sudamericana, 2022). Sobre distintos aspectos del régimen rosista, véanse Ricardo Salvatore, *Paisanos itinerantes. Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas* (Buenos Aires: Prometeo, 2018); y Raúl O. Fradkin, R. y Jorge Gelman, *Rosas. La construcción de un liderazgo político* (Buenos Aires: Edhasa, 2015).

¹⁹ Véanse Ingrid de Jong y Guido Cordero, “El malón en contrapunto. Dinámicas de la diplomacia, el comercio y la guerra en la Frontera Sur (siglos XVIII y XIX)”, en Di Meglio y Serulnikov, *La larga historia de los saqueos*, 63-89; Daniel Villar y Silvia Ratto (comps.), *Comercio, ganado y tierras en la frontera de Bahía Blanca (1850-1870)* (Bahía Blanca: Centro de Documentación Patagónica, Universidad Nacional

las guerras de caudillos, los estados provinciales y el gobierno central, el tiempo de los saqueos en contextos de pujas soberanas, con toda su carga de desestabilización y reconfiguración del orden social y político, había llegado a su fin.

El saqueo como práctica política vindicativa

El segundo conjunto de saqueos nos conduce a circunstancias históricas muy diferentes: la emergencia de la sociedad de masas, la consolidación de la democracia representativa y la expansión de poderosos partidos populares y obreros desde comienzos del siglo XX. A diferencia de lo sucedido un siglo antes, los saqueos no estuvieron vinculados a operaciones bélicas, sino al ejercicio conspicuo de violencia política vindicativa; no persiguieron el provecho material personal o grupal, sino la destrucción. Lo que los animó no fue la lógica del beneficio, sino ideas acerca del bien y del mal.

Una primera manifestación surgió a raíz de un conflicto laboral en los establecimientos metalúrgicos de la familia Vasena en enero de 1919. Conocida como la Semana Trágica, el evento devino en una de las mayores matanzas de la Argentina moderna. La promovieron y la perpetraron una conjunción de fuerzas policiales, militares y paramilitares, en particular la llamada Liga Patriótica Argentina, una organización de la derecha nacionalista integrada por jóvenes de las clases altas porteñas y los mandos de la Marina. Perecieron centenares de obreros en huelga, así como ciudadanos que se movilizaron en solidaridad con los trabajadores en diferentes puntos de la ciudad. En tanto que las fuerzas de seguridad encuadraron la protesta popular como un complot bolchevique liderado por inmigrantes rusos y judíos, las acciones punitivas dieron paso a una suerte de *pogrom* en el barrio de Once, el principal centro residencial de esa colectividad, en el curso del cual se produjeron ejecuciones, torturas y violaciones a mujeres. El implacable saqueo de sinagogas, organizaciones culturales israelitas y domicilios particulares fue parte del menú de opciones. Muebles, archivos documentales y libros fueron incendiados en la vía pública. Lo propio ocurrió con locales sindicales y bibliotecas populares asociadas

del Sur, 2004); Guido Cordero, "Comercio de cueros en la Frontera y circuitos transcordilleranos indígenas. El debate sobre el origen de los malones en la década de 1870", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, 13/1 (2014): 39-57; Ingrid de Jong (comp.), *Diplomacia, malones y cautivos en la Frontera Sur, siglo XIX. Miradas desde la Antropología Histórica* (Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2016); y Raúl Mandrini y Carlos Paz (comps.), *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII y XIX* (Neuquén: Instituto de Estudios Histórico Sociales, CEHiR, Universidad Nacional del Sur, 2003).

tanto al anarquismo como a otras agrupaciones de izquierda. Según un testimonio de la época:

[...] en medio de la calle ardían varias piras formadas con libros y trastos viejos, entre los cuales podían reconocerse sillas, mesas y otros enseres domésticos, y las llamas iluminaban tétricamente la noche destacando con rojizo resplandor los rostros de una multitud gesticulante y estremecida.²⁰

Los agresores alegaron que sus acciones estaban dirigidas a librar de la amenaza roja al Gobierno de la Unión Cívica Radical (UCR), encabezado por Hipólito Yrigoyen, el primer presidente electo mediante la ley de sufragio universal, masculino, secreto y obligatorio sancionada en 1912. Pero la función del aterrador espectáculo callejero fue poner a vista de todos que detrás de la putativa defensa de la república, las clases privilegiadas no estarían dispuestas a tolerar la libre difusión de doctrinas contestatarias, comunistas y foráneas, tal y como el nacionalismo católico las entendía por entonces. La destrucción pública de bienes que acompañó la feroz represión contra huelguistas y manifestantes operó como un mecanismo de disciplinamiento social en un contexto histórico signado por la inmigración masiva, el triunfo de la Revolución rusa, la creciente agitación de la clase trabajadora y el régimen electoral inaugurado en 1916.²¹

El drástico final de ese primer ciclo democrático, el golpe de Estado de 1930, desembocó en nuevas escenas de pillaje que replicaron, en espejo, lo ocurrido durante las jornadas de 1919. En el curso de la exitosa asonada militar —una modalidad de intervención de las Fuerzas Armadas en la política que se volvería práctica común durante los siguientes 50 años—, se producirían el desvalijamiento y el incendio de la casa de Hipólito Yrigoyen, junto con la devastación de los comités del radicalismo, las redacciones de periódicos afines y los lugares habituales de reunión de dirigentes partidarios. La depredación de sitios ligados a la figura del depuesto presidente no representó un intempestivo acto colectivo de humillación y venganza personal o partidaria; puso más bien en escena un afán de purificación de la vida pública. De hecho, los bienes saqueados eran tratados como objetos contaminados, tóxicos: cualquiera fuera su valor económico, la apropiación de estos era considerada moralmente condenable.

²⁰ Citado en Daniel Lvovich, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina* (Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2003), 161-162.

²¹ Sobre distintos aspectos de la Semana Trágica, véanse Lucas Glasman y Gabriel Rot (comps.), *Entre la Revolución y la Tragedia. Fotografías, documentos y miradas sobre la Semana Trágica* (Buenos Aires: El Topo Blindado, 2020); Marcelo Dimentstein, “En busca de un pogrom perdido: diáspora judía, política y políticas de la memoria en torno a la Semana Trágica de 1919 (1919-1999)”, *Sociohistórica*, 25 (2009): 103-122; y Edgardo Bilsky, *La Semana Trágica* (Buenos Aires: CEAL, 1984).

En términos de contenido ideológico, se diría que, si en el caso de la Semana Trágica la destrucción material y las brutales agresiones físicas persiguieron deshumanizar la poliédrica imagen del enemigo (el comunista, el judío, el obrero agitador, el extranjero), en nombre de valores como el nacionalismo, el antisemitismo, la xenofobia, la disciplina social y las jerarquías establecidas, una década después, la violencia iconoclasta fue el lenguaje en el que se formuló el anhelo de refundación del sistema institucional surgido a partir de la Ley Sáenz Peña de 1912. Erradicar los símbolos del yrigoyenismo y desacralizar la figura de su líder, la sombría utopía de extirpar de la conciencia colectiva la memoria del otro, exponía la voluntad política de reformular de raíz las reglas de funcionamiento de una democracia ampliada que solo había propendido a la tiranía de las mayorías electorales incapaces de distinguir entre dirigentes patriotas y virtuosos y dirigentes demagogos y corruptos. “Falsos apóstoles”, los llamaban. De modo que, si en 1919 el saqueo sirvió como presunto vehículo de defensa del orden constitucional frente a la proclamada amenaza bolchevique, ahora lo hizo en nombre de antagonismos que justificaban el derrocamiento de ese mismo orden.²²

Hacia la época del ascenso y las primeras presidencias de Juan Domingo Perón (1946-1955), el saqueo como instrumento de acciones vindicativas pareció haber sido ya metabolizado por la cultura política argentina. Tuvo una primera manifestación durante las jornadas del 17 y del 18 de octubre de 1945, cuando multitudes de trabajadores marcharon por los grandes centros urbanos del país para demandar la liberación del entonces depuesto secretario de Trabajo y vicepresidente del régimen militar imperante. La protesta popular abriría paso a la exitosa candidatura presidencial de Perón un año más tarde. Por ejemplo, en la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, columnas de obreros de los frigoríficos y la construcción, ferroviarios, textiles y portuarios provenientes de los cordones industriales de Berisso y Ensenada asaltaron sitios vinculados con la oposición política a Perón, así como lugares de consumo propios de las clases altas y medias. Los primeros incluyeron las oficinas de los diarios *El Día*, *El Argentino*, *La Prensa* y *Crítica*, las instalaciones provinciales del Jockey Club (antiguo polo social del patriciado terrateniente), la Universidad de la Plata y la residencia de su rector; entre los segundos, finos negocios céntricos y confiterías de moda, el Banco Comercial y los clubes deportivos Gimnasia y Esgrima y Estudiantes.

²² Marianne González Alemán, “El saqueo de la casa de Yrigoyen. Iconoclasia política y contrarrevolución (1930)”, en Di Meglio y Serulnikov, *La larga historia de los saqueos*, 91-112. Sobre los gobiernos de Yrigoyen, véanse Joel Horowitz, *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)* (Buenos Aires: Edhasa, 2015); Ana Virginia Persello, *El Partido Radical. Gobierno y oposición. 1930-1943* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2004); y David Rock, *El radicalismo argentino 1890-1930* (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1975).

El pillaje de objetos de valor parece haber sido excepcional; la violencia tuvo más bien un carácter ritualista. “Iconoclasia laica” es como el historiador Daniel James conceptualizó el comportamiento colectivo: la destrucción pública y deliberada de los símbolos y las instituciones de poder, con el fin de vilipendiar la ideología que encarnaban. Representó también una “sublevación carnavalesca”, una atmósfera festiva de sectores humildes que rompió con los consuetudinarios códigos de decoro en la indumentaria (los manifestantes lucían ropas de trabajo, alpargatas, bombachas de campo, vestimentas de colores “extravagantes”), los cánticos y el uso de los bombos (una especie de “candombe” para los azorados vecinos), y la ocupación de elegantes parques y plazas urbanas para regocijo de las familias proletarias.²³ La dimensión culturalmente herética de la movilización, los tonos plebeyistas que el peronismo asumiría y transformaría con el tiempo en una auténtica revolución en las formas de deferencia social, no solo estremeció a las clases privilegiadas, sino que también desconcertó a comunistas, socialistas y anarquistas, los tradicionales representantes y voceros de los trabajadores. Percibieron esto como una expresión de elementos marginales, sin conciencia de clase; un lumpemproletariado. “¿Qué obrero argentino actúa en una manifestación en demanda de sus derechos como lo haría en un desfile de carnaval?”, se preguntó retóricamente el periódico socialista *La Vanguardia*.²⁴ Inicio de una nueva era, los saqueos de octubre de 1945 contribuyeron a levantar el velo que opacaba “la esencia de las relaciones sociales y culturales”.²⁵ Los afectados fueron los miembros del *status quo*, así como la antigua dirigencia obrera.

Los saqueos resurgieron en la ciudad de Buenos Aires en 1953 con el desvalijamiento, por parte de grupos peronistas, del Jockey Club y las sedes del radicalismo, el principal partido de oposición, en represalia de un cruento ataque a los asistentes de un acto oficialista, y, dos años después, con el hurto y el incendio de la Curia Eclesiástica y de varias iglesias tras el letal bombardeo de Plaza de Mayo durante un fallido intento golpista en junio de 1955. El Jockey Club, la UCR y las altas jerarquías católicas —la *oligarquía* en el lenguaje de la época— representaban para los agresores la antipatria, aquello que no pertenecía a la vida nacional y debía ser, por tanto, excluido de la misma. Lo propio ocurrió, pero en sentido contrario, en septiembre de 1955, con el triunfo de la autodenominada Revolución Libertadora y el consiguiente pillaje y destrucción masiva de objetos y símbolos del depuesto gobierno peronista. Partidarios del nuevo régimen militar, en particular los llamados Comandos Civiles, arrasaron edificios públicos, sedes partidarias (“unidades básicas”), locales sindicales, periódicos alienados con el

²³ Daniel James, “17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, *Desarrollo Económico*, 27/107 (1987): 445-461.

²⁴ Citado en James, “17 y 18 de octubre de 1945”, 455.

²⁵ James, “17 y 18 de octubre de 1945”, 461.

justicialismo, policlínicos que llevaban el nombre de Perón o de su difunta esposa Eva Duarte de Perón, así como la célebre Fundación Eva Perón, con sus numerosas Escuelas Hogares, y las organizaciones benéficas diseminadas a lo largo del país. Todo tipo de objetos (mobiliario, maquinarias, equipamiento hospitalario, bustos y cuadros, enseres de distinto tipo) quedaron reducidos a cenizas o hechos trizas en las calles adyacentes.

La historia de las emociones parece ofrecer una fecunda aproximación metodológica a estos conocidos episodios. De acuerdo con este enfoque, las manifestaciones públicas de sentimientos de algarabía, ira, mofa o desprecio son un componente de la acción política, tanto como los factores más convencionales: las concepciones ideológicas, los intereses materiales o el cálculo estratégico. Así mirado, podría afirmarse que los saqueos cometidos por sectores peronistas y antiperonistas constituyeron la canalización de emociones social y culturalmente construidas en torno a las antinomias engendradas por el ascenso del mayor movimiento populista del siglo XX y los valores a los que estaba asociado. En la visión del peronismo, se trataba de la oposición pueblo/oligarquía; en la del antiperonismo, del repudio al autoritarismo demagógico y plebeyista. Fueron estas irreconciliables posturas las que organizaron los sentimientos de masas que derivaron en la erupción, los cimbronazos y las réplicas de esa peculiar ritualización de la violencia colectiva que es la destrucción de los bienes materiales del enemigo.²⁶

En suma, considerados en conjunto con los mencionados acontecimientos de enero de 1919 y septiembre de 1930, la vandalización de edificios y objetos —la estigmatización del opositor político— marcó la presencia de desacuerdos fundamentales respecto a cuestiones fundamentales: la propagación de concepciones contestatarias de origen marxista o anarquista, la legitimidad de las mayorías electorales, los derechos de las minorías nacionales o religiosas, la división republicana de poderes, el lugar de las organizaciones

²⁶ Véanse Juan Pablo Artinian, “1955: Saqueos, crisis y emociones políticas en una Argentina dividida”, en Di Meglio y Serulnikov, *La larga historia de los saqueos*, 113-136; César Seveso, “Political Emotions and the Origins of the Peronist Resistance”, en *New Cultural History of Peronism, Power and Identity in Mid-Twentieth-Century Argentina*, comps. Matthew B. Karush y Oscar Chamosa (Durham: Duke University Press, 2010), 239-270. Sobre rituales públicos y episodios de saqueos y violencia política durante el primer peronismo, véanse María Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”* (Buenos Aires, Biblos, 2005); Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo* (Buenos Aires: Sudamericana, 1990); Mariano Ben Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)* (Buenos Aires: Ariel, 1993); Daniel James, *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1990); y Santiago Senén González y Gabriel D. Lerman (comps.), *17 de octubre de 1945: antes, durante y después* (Buenos Aires: Lumiere, 2005).

sindicales y del Estado en la actividad económica, y, en última instancia, el rol de las Fuerzas Armadas y de sus poderosos soportes en la sociedad civil y el empresariado como garantes últimos del apropiado funcionamiento institucional. Resumiendo, el desenvolvimiento de la sociedad de masas y del régimen democrático surgido del voto universal, secreto, obligatorio y masculino, y, desde la reforma de 1949, también femenino.²⁷

Saqueos y crisis de la sociedad salarial

A fines de mayo de 1989, en el ocaso de la presidencia del radical Raúl Alfonsín, el primer gobierno desde la recuperación de la democracia tras la última dictadura militar (1976-1983), una tercera ola de saqueos hizo su aparición. El evento no giró esta vez en torno a la legitimidad del sistema político, sino de una modalidad de acción por entonces desconocida. Los habitantes de las barriadas pobres de Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Mendoza, las principales áreas metropolitanas del país, procedieron a asaltar comercios grandes y pequeños en procura de comida. En el curso de nueve días continuos de disturbios, cientos de negocios fueron arrasados y, en ciertos barrios, prácticamente todos los supermercados, los autoservicios y los almacenes sufrieron robos. Mientras que al principio las acciones fueron protagonizadas por pequeños grupos de mujeres que ingresaban a las tiendas de alimentos de manera más o menos pacífica, esa modalidad dio pronto paso a ataques violentos por parte de multitudes que destruían las cortinas metálicas que bloqueaban el acceso a los locales. Fue la primera revuelta de subsistencia en la Argentina contemporánea.

Puede afirmarse que los acontecimientos signaron la irrupción en el espacio público de un fenómeno que se venía gestando desde mediados de la década anterior, pero que todavía carecía de reconocimiento como un elemento vertebrador de la realidad social argentina: la pobreza extendida, sin demarcación espacial precisa ni horizontes de superación, por los otrora pujantes cordones industriales de las grandes áreas metropolitanas. Fruto de un progresivo proceso de desindustrialización y precarización laboral, tasas crecientes de desocupación y subocupación, contracción y pauperización del empleo público, depreciación de la moneda y un agudo deterioro de los servicios estatales de educación, seguridad y salud, los saqueos instalaron un

²⁷ Para estudios de saqueos por motivos políticos en Bogotá en abril de 1948 y San Pablo en julio de 1924, véanse Herbert Braun, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987); y Anna Maria Martinez Corrêa, *A Rebelião de 1924 em São Paulo* (São Paulo: HUIPEC, 1976).

concepto que hasta entonces parecía confinado a regiones menos favorecidas del continente: el hambre.²⁸

Contra lo sostenido en la época por funcionarios gubernamentales, medios de comunicación y no pocos analistas académicos, los disturbios no representaron una explosión apolítica o prepolítica de descontento, ni mucho menos el resultado del accionar de bandas delictivas o militantes izquierdistas radicalizados. Por el contrario, la mayoría de los participantes demostraron, considerando las caóticas circunstancias, un notable autocontrol en los bienes que tomaban, así como la voluntad de actuar a cara descubierta, forzar distribuciones pacíficas de alimentos y brindar, a quien quisiera escucharlos, motivos fundados sobre su proceder. Si bien los sucesos exhibieron una novedosa coexistencia de protesta y criminalidad, fueron familias pobres, no grupos marginales, las que motorizaron las iniciativas y procuraron restituir las bases morales de lo que hacían: su derecho a acceder a productos de primera necesidad. Por lo demás, los saqueos desplegaron un conjunto de rasgos que en adelante habrían de estructurar la politicidad popular. Se pueden mencionar, entre otros, la inscripción territorial de los vínculos de solidaridad por sobre los lugares de trabajo (un proceso de recolectivización en torno a los sitios de residencia emergida en respuesta a la dinámica descolectivizadora generada por la crisis terminal del modelo desarrollista); la exigencia del asistencialismo estatal permanente; la obtención por la fuerza de recursos inalcanzables por medio del mercado, una tendencia afín a los cada vez más ubicuos movimientos de tomas de tierras; el rol protagónico de las mujeres en las organizaciones sociales de base, en contraposición con las predominantemente masculinas agrupaciones gremiales.²⁹ En la traumática

²⁸ Algunos estudios sobre saqueos en el contexto de los programas de austeridad fiscal y reformas estructurales en América Latina son los de Fernando Coronil y Julie Skurski, "Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela", *Comparative Studies in Society and History*, 33/2 (1991): 288-337; Margarita López Maya, "The Venezuelan 'Caracazo' of 1989: Popular Protest and Institutional Weakness", *Journal of Latin American Studies*, 35/1 (2003): 117-137; José Honorio Martínez, "Causas e interpretaciones del Caracazo", *HAOL*, 16 (2008): 85-92; Octavio Moreno Velador y Gerardo Díaz Herrera, "Protestas y saqueos ante el 'gasolinazo' mexicano de 2017", *História UNICAP*, 8/16 (2021): 300-322; John Walton, "Debt, Protest, and the State in Latin America", en *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*, comp. Susan Eckstein (Berkeley: University of California Press, 1989), 317-318; y Wendy Wolford y Ryan Nehring, "Moral Economies of Food Security and Protest in Latin America", en *Food Security and Sociopolitical Stability*, ed. Christopher B. Barrett (New York: Oxford University Press, 2013), 302-322.

²⁹ Véanse Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, *Entre el barrio y la ruta. La experiencia de las organizaciones piqueteras* (Buenos Aires: Biblos, 2003); Denis Merklen, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática* (Argentina 1983-2003) (Buenos Aires: Gorla, 2010); Emilio Cafassi, *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas sobre fuego argentino* (Buenos Aires: Libros del Rojas, 2004); y

escenificación de lo que las masas pauperizadas eran y podían llegar a hacer, la cuestión social dejaría para siempre de estar constreñida a los asalariados y sus prerrogativas para extenderse a los pobres y sus necesidades.³⁰

Aunque en su tiempo fueron considerados un mero subproducto de la aguda crisis económica y una incontenible escalada de precios que precipitó la entrega anticipada del mando de Alfonsín, lo cierto es que no habría desde entonces otros brotes hiperinflacionarios, a excepción de algunos cimbronazos en los meses subsiguientes, mientras que los saqueos se volverían una amenaza latente o efectiva del paisaje social del país. El evento, en otras palabras, inauguró una nueva era en la historia de la conflictividad social. A mediados de la década de 1990, resurgieron en el contexto una serie de alzamientos populares en Jujuy, La Rioja, San Juan, Río Negro, Córdoba y otras provincias, en reacción al achicamiento de la administración estatal, el congelamiento de salarios, la privatización de empresas de servicios públicos y un duro programa de ajuste fiscal implementado por el Gobierno del peronista Carlos Menem. La más violenta y extendida de todas las puebladas fue el llamado “Santiagueñazo”. En diciembre de 1993, miles de vecinos de distintas clases sociales de Santiago del Estero se lanzaron a atacar y muchas veces a incendiar distintos puntos de la ciudad. Mirada de cerca, la acción popular se encuentra a caballo entre dos formas, viejas y nuevas, de saqueo. Si respondió a impulsos semejantes a las revueltas por alimentos —y varias de las puebladas incluyeron de hecho asaltos a comercios—, los blancos de ataque fueron primordialmente políticos: la Casa de Gobierno, el Palacio de Justicia, la Legislatura y los domicilios particulares del jefe histórico del peronismo provincial, Carlos Juárez, y de otros exgobernadores, diputados y funcionarios. No es de extrañar, entonces, que varias de las facetas de los disturbios de 1930 y de 1955 reaparecieran esta vez relacionados con la honda crisis de legitimidad de la dirigencia política local. Los ataques fueron secuenciales y carentes de reyertas internas, menos un espontáneo estallido de furia, una catarsis, que una marcha o una procesión. Pero, aun así, la

Andrea Andujar, *Rutas argentinas hasta el fin. Mujeres, política y piquetes (1996-2001)* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2014).

³⁰ Sobre los saqueos de 1989, véanse Sergio Serulnikov, “Como si estuvieran comprando. Los saqueos de 1989 y la irrupción de la nueva cuestión social”, en Di Meglio y Serulnikov, *La larga historia de los saqueos*, 137-176; Mónica Gordillo, “Acciones contenciosas: la ruptura de 1989”, *Contenciosa*, I/2, (2014); Nicolás Iñigo Carrera *et al.*, “La revuelta argentina 1989-1990”, Documento de Trabajo n.º 4, PIMSA, 1995; María Rosa Neufeld y María Cristina Cravino, “Los saqueos y las ollas populares de 1989 en el Gran Buenos Aires. Pasado y presente de una experiencia formativa”, *Revista de Antropología*, 44/2 (2001): 157-159; Cecilia Anigstein y Gimena Fuertes, “El Cruce: los saqueos en 1989 en Moreno, provincia de Buenos Aires”, IV Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

destrucción de bienes no excluyó la utilidad personal: numerosos objetos de valor fueron sustraídos por los manifestantes y transportados a sus hogares en fletes y remises. En contraposición con la devastación de las sedes del yrigoyenismo y del peronismo, en las cuales el hurto era denostado por sus participantes, la compensación simbólica del destrozo se combinó con el beneficio material del pillaje.³¹

Con prescindencia de las motivaciones políticas y económicas del hecho, es preciso subrayar un fenómeno que estaba presente de manera incipiente en 1989 y que, en los años subsiguientes, pasó a ocupar todo el centro de la escena: el saqueo colectivo como momento álgido de radicalización del descontento popular por su impar capacidad de infundir sentimientos de pánico y desgobierno. Era un perturbador teatro de amenazas al orden público, de flagrante quebrantamiento de las normas elementales de comportamiento social y los derechos de propiedad. Es lo que la catastrófica crisis de 2001, mencionada al comienzo, expondría con toda su crudeza. Como consecuencia de tasas de desocupación cercanas al 25%, la multiplicación de la indigencia y la pobreza estructurales, la drástica caída de las jubilaciones y, finalmente, un inaudito colapso financiero y cambiario que llevó al congelamiento de los depósitos bancarios (el llamado “corralito”), se produjo una nueva y generalizada ola de saqueos a supermercados, negocios y tiendas de alimentos en todo el país. La revuelta de subsistencia formó esta vez parte de un amplio repertorio de protesta que incluyó cacerolazos, piquetes y manifestaciones masivas. Las multitudinarias acciones terminaron forzando la renuncia del presidente radical Fernando de la Rúa. Los asaltos a comercios fueron considerablemente más extendidos que en 1989. Se calcula que llegaron a duplicar o incluso a triplicar la cantidad de participantes directos (unas 100.000 personas). En algunos de los 300 actos de violencia estuvieron involucrados miles de individuos y en otros solo unas pocas decenas, siendo la media estimada de participantes entre 100 y 400.³² Mientras que la mayor cantidad de incidentes en 1989 se había registrado en el conurbano de Rosario, lo hizo ahora en el Gran Buenos Aires, el mayor cordón industrial

³¹ Véanse Marina Farinetti, *La trama del juarismo. Política y dominación en Santiago del Estero 1983-2004* (Buenos Aires: Eudeba, 2020); Javier Auyero, “El santiagueño (Argentina, 1993). Las memorias de la protesta, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 8/1 (2002): 33-56; Raúl Dargoltz, *El santiagueño*. *Crónica de una pueblada argentina* (Buenos Aires: Ediciones RyR, 2011); Rubén Laufer y Claudio Spiguel, “Las ‘Puebladas’ argentinas a partir del ‘Santiagueño’ de 1993. Tradición Histórica y Nuevas Formas de Lucha”, en *Lucha Popular, Democracia, Neoliberalismo: Protesta Popular en América Latina en los Años del Ajuste*, ed. Margarita López Maya (Venezuela: Nueva Sociedad, 1999), 15-44; F. Schuster et al. (comps.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea* (Buenos Aires: Prometeo, 2005).

³² Javier Auyero, *La zona gris. Violencia colectiva y política en la Argentina contemporánea* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007), 108.

de Argentina y su área más densamente poblada. Numerosas barriadas humildes de ciudades del interior presenciaron escenas semejantes de pillaje.³³

Las revueltas de subsistencia de 1989 y 2001 suelen ser interpretadas como expresiones en espejo de las crisis terminales de la Argentina reciente: el resultado, respectivamente, de la hiperinflación y de la hiperdesocupación en términos económicos; el de la debacle final de los gobiernos radicales de Raúl Alfonsín y Fernando de la Rúa, en términos políticos. Estas simetrías formales no debieran velar, sin embargo, que fueron acontecimientos de diferente índole. El primero fue inicialmente percibido como una revuelta de consumidores: sectores de bajos ingresos imposibilitados de acceder a bienes de primera necesidad por el profundo deterioro de las condiciones de vida sobre el que operó la escalada de precios. Fue la enorme magnitud de los disturbios callejeros lo que tornó evidente que la hiperinflación, por todas sus ominosas consecuencias económicas, era apenas un desencadenante y el saqueo, un síntoma. Por detrás de ambos hechos, espectaculares pero efímeros, lo que salió a la superficie fue la exclusión social de amplísimos sectores de la población: hogares cuyos salarios no garantizaban su supervivencia y requerían de mecanismos extramercantiles para hacerlo.

En la década venidera, la aceleración del proceso desindustrializador condujo a que, cuando volvieran a producirse, fuera insostenible ver los saqueos como una revuelta de consumidores pauperizados, sino de desahuciados receptores del asistencialismo estatal y paraestatal. No era ya posible considerarlos trabajadores empobrecidos, sino habitantes permanentes de la pobreza, autoidentificados como tales y representados en diversas agrupaciones de desocupados conocidas genéricamente como “organizaciones sociales”. Muy distintas eran las realidades de la revuelta de subsistencia de 1989, un movimiento sin estructuras de liderazgo, sin linaje conocido ni esquemas preconcebidos de significación. Fue tan radical la novedad del acontecimiento que, a semejanza de lo ocurrido en las tumultuosas jornadas de octubre de 1945, aunque por muy diferentes motivos, la vieja guardia sindical y los partidos marxistas se mostraron tan desconcertados frente al estallido

³³ Sobre los saqueos de 2001, véanse Auyero, *La zona gris*; Mónica Gordillo, “La violencia anunciada: el ruido de las ollas vacías en 2001”, en Di Meglio y Serulnikov, *La larga historia de los saqueos*, 201-227; Jorge Ossona, “Los saqueos en Lanús y Villa Fiorito del 19 de diciembre de 2001”, en Di Meglio y Serulnikov, *La larga historia de los saqueos*, 201-246; Raúl Fradkin, *Cosecharás ‘tu’ siembra. Notas sobre la rebelión popular argentina de diciembre del 2001* (Buenos Aires: Prometeo, 2002); y Ana Lucía Cervio y Martín Eynard, “Estrategias y acciones colectivas ‘para parar la olla’. Una retrospectiva sobre los saqueos de 1989 y 2001-2002 en la ciudad de Córdoba”, Documentos de Trabajo del CIES n.º 3, Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos, 2014.

popular como el propio *establishment* político.³⁴ Desde esta perspectiva, 2001 no fue la iteración de 1989, sino su corolario. Por lo pronto, estableció el recurso del saqueo como un medio instituido de protesta, una suerte de “negociación colectiva por medio del disturbio”.³⁵ Más aún, cuando las circunstancias lo permitían, lo convirtió en un acotado y ocasional repertorio de acción: a partir de entonces, de acuerdo con un relevamiento de “hechos de rebelión” sucedidos en el país, en 2022 se registrarían 73 episodios aislados de saqueos y una cuarentena de casos esparcidos a lo largo de los siguientes diez años.³⁶ Puso asimismo a la vista de todos la idea de que la ayuda alimentaria era una demanda consustancial a las masas de expulsados del mercado laboral formal y, por ende, que el asistencialismo debía erigirse en un componente central tanto de las políticas públicas como de los presupuestos nacionales y provinciales. También evidenció la existencia de sólidas y legítimas organizaciones de base —bajo la égida de distintas variantes del peronismo, punteros locales o fuerzas de izquierda— que pasarían muy pronto a administrar directamente gran parte de los “planes sociales” estatales. En síntesis, comportó el reconocimiento de la pobreza a gran escala como un hecho inamovible del paisaje sociopolítico.

Como parte de este proceso, en diciembre de 2013 sobrevino un nuevo y último pico de saqueos que tuvo como foco la ciudad de Córdoba, pero abarcó, con distinto grado de intensidad, varios centros urbanos del país, incluyendo provincias como Salta, Jujuy, San Juan, Chaco o La Pampa, que hasta entonces habían quedado poco afectadas por esos eventos. A diferencia de los asaltos a supermercados y las puebladas precedentes, los disturbios no obedecieron a una crisis económica y/o político-institucional de gravedad, sino a un hecho coyuntural: una serie de medidas de fuerza adoptadas por las policías provinciales debido a reclamos salariales. El autoacuartelamiento y el retiro de colaboración de los efectivos instauró espacios de impunidad, “zonas liberadas”, que derivaron en generalizados ataques a tiendas comerciales para apropiarse de todo tipo de bienes, desde alimentos y bebidas hasta indumentaria y electrodomésticos. La proximidad de las fiestas de fin de año, con los patrones de consumo a las que están asociadas, funcionó sin duda como un poderoso incentivo. No por nada, a partir de 2001, el mes de diciembre se volvió en Argentina la estación alta de saqueos —reales o

³⁴ Sobre las reacciones de los dirigentes políticos, los medios de comunicación, la cúpula sindical y los partidos de izquierda a los saqueos de 1989, véase Serulnikov, “Como si estuvieran comprando”, 137-141 y 172-173.

³⁵ “Negociación colectiva por medio del disturbio” es una expresión empleada por Hobsbawm en referencia a una de las formas (“asistématica pero no ineficaz”) de protesta de los trabajadores ingleses en el siglo XVIII. Véase Eric Hobsbawm, *Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750* (Barcelona: Editorial Ariel, 1977), 86.

³⁶ Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA), disponible en www.pimsa.secyt.gov.ar

potenciales—. El pillaje apareció entonces menos como el emergente de un escenario crítico que como la activación de una ya asentada modalidad de acción colectiva.³⁷

Y aun cuando sus causas fueran exógenas, no endógenas, cuando obedeciesen a la súbita aparición de una ventana de oportunidad, su significado no debiera ser reducido a la mera ejecución de un repertorio en condiciones que los favorecían o facilitaban. Es cierto que algunos de los actos fueron inducidos de forma activa por sectores policiales interesados en crear una sensación de anarquía y, especialmente, que los disturbios estuvieron desprovistos del contenido político-ideológico subyacente a los grandes estallidos del ciclo 1989-2001. A diferencia de estos, constituyeron menos una forma de protesta social que, al decir de la socióloga Maristella Svampa, “una rebeldía insolidaria y destructiva” de sectores subalternos que, “en su intento por invertir un orden desigual”, se apropian de bienes “que esta sociedad promete a sus ciudadanos consumidores, pero a los que en tiempos normales u ordinarios los pobres urbanos están lejos de poder acceder”.³⁸ En este sentido, los eventos deberían ser mirados bajo una óptica semejante a los episodios ocurridos en lugares como Estados Unidos o Chile a raíz de desastres naturales, cortes de energía o celebraciones deportivas: no es en los derechos sociales que explícita o tácitamente enarbolan, sino en las condiciones sociales que los engendran, donde reside su resonancia histórica. En este caso, los disturbios epitomizaron la más directa y visible derivación de las crecientes desigualdades socioeconómicas en el mundo urbano: la segregación espacial.

Sabemos que, en efecto, en los antiguos cordones industriales del Gran Buenos Aires, Rosario, Córdoba o Mendoza, la pauperización de las familias trabajadoras provocó que los contornos territoriales de la marginación laboral, las fronteras entre las clases populares empobrecidas y los llamados pobres estructurales tendiesen a difuminarse. Los índices de mortalidad infantil, delincuencia, riesgo sanitario o desempleo entre ambos sectores comenzaron a exhibir solo diferencias de grado. Más aún, los barrios humildes se tornaron en zonas de “inmovilización de la pobreza” en un doble sentido: espacial y temporal; lo primero porque la vida de sus habitantes tendía a quedar cada vez más confinada al ámbito local, debido a la falta de oportunidades laborales; lo segundo porque las posibilidades de ascenso social durante la época de auge del crecimiento industrial se constriñeron de

³⁷ Véanse Sebastián Pereyra y Pablo Semán, “Los saqueos de diciembre 2013. Violencia, protesta, desigualdad social”, en Di Meglio y Serulnikov, *La larga historia de los saqueos*, 247-271; y Pedro Lisdero, “Conflicto social y sensibilidades. Un análisis a partir de las imágenes/observaciones de los saqueos de diciembre de 2013 en la ciudad de Córdoba”, en *Geometrías sociales*, comps. Gabriela Vergara y Angélica De Sena (Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora, 2017), 65-89.

³⁸ Maristella Svampa, “La caja de Pandora de los saqueos”, *Revista Ñ*, 13/12/2013.

forma drástica.³⁹ Con el dramatismo y el desasosiego que solo los saqueos logran infundir en la opinión pública, los de 2013 exhibieron las crudas consecuencias de esa fractura social. Una de las más notables fue la irremplazable función disciplinaria de las fuerzas de seguridad, como garantes de que las áreas de concentración de la pobreza y la opulencia se mantuviesen apartadas, y como custodios de las fronteras espaciales entre las clases bajas y las clases altas. Esa función dotó a los cuerpos policiales de una desmesurada capacidad de presión, o extorsión, sobre el poder político, la cual no dudaron en utilizar para avanzar sus reivindicaciones corporativas, conscientes de que en su calidad de “carceleros” entre ambos mundos podían activar la violencia simplemente al “liberar de vigilancia al muro (invisibles o explícitos) y abrir así la caja de Pandora”.⁴⁰ Por lo demás, la mecánica del pillaje dejó al descubierto la extendida connivencia policial con actividades delictivas en los asentamientos humildes, en especial las florecientes redes narco. Acaso más trascendente, según han puntualizado los sociólogos Sebastián Pereyra y Pablo Semán, los disturbios expusieron la cristalización de actitudes discriminatorias, clasistas y racistas entre los sectores más pudientes de la sociedad, tal como lo ejemplifican las agresiones perpetradas en barrios prósperos a simples transeúntes por el solo hecho de llevar en su color de piel, su indumentaria, sus modales y su aspecto las marcas de la pobreza.⁴¹ En última instancia, la historia que los saqueos de Córdoba contaron no fue simplemente la de las revueltas policiales y las zonas liberadas. Fue, como en la célebre novela de Charles Dickens, *La historia de dos ciudades*.

Pedagogías de alteridad. A modo de conclusión

En contraste con otros modos de movilización, los saqueos resultan por naturaleza un objeto elusivo de interpretación. Lo son en virtud del amplio rango de situaciones en que se hallan inscriptos, la ausencia de articuladas declaraciones de principios y de colectivos sociales que los reivindiquen, la complejidad de sus motivaciones y la inherente opacidad de su significado. Sin embargo, es importante rescatar esta práctica de lo que Edward P. Thompson, el gran historiador de la clase obrera y la cultura plebeya inglesa, incluídas las revueltas de subsistencia preindustriales, llamó “la enorme condescendencia de la historia”. Nunca más oportuno este famoso apotegma. Como hemos visto, sea en contextos de conflagraciones bélicas, de instauración de la democracia liberal o de desmantelamiento de la base

³⁹ Marie-France Prévot-Schapira, “Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984-1994”, *Revista Mexicana de Sociología*, 50/2 (1996), 79 y 80-81.

⁴⁰ Svampa, “La caja de Pandora”.

⁴¹ Pereyra y Semán, “Los saqueos de diciembre 2013”, 263-269.

industrial, el saqueo funciona como un barómetro de corrientes históricas profundas. A semejanza de las erupciones volcánicas, es el resultado de desplazamientos en las capas tectónicas de las sociedades de su tiempo. Contra lo que su carácter episódico y tumultuario invita a suponer, representa la cara visible de procesos estructurales de cambio, como la contenciosa construcción del Estado-nación, el ascenso de grandes partidos de masas, la disolución de las redes de seguridad social asociadas a la legislación laboral o, más generalmente, tomando la definición del sociólogo francés Robert Castel, “la sociedad salarial”.⁴²

Pero hay más, puesto que los saqueos no solo son precipitados de transformaciones históricas; resultan, asimismo, acontecimientos constructivos de identidades colectivas y conciencias políticas: una pedagogía de la diferencia. Después de todo, pocos fenómenos recortan con mayor nitidez la figura de la alteridad, de los unos y los otros. Lo hicieron ciertamente para los grupos que en el siglo XIX se disputaban el manejo del gobierno central y las fronteras territoriales, los que quedaron a ambos extremos de los antagonismos ideológicos suscitados por la prédica marxista o anarquista, el yrigoyenismo y el peronismo, como también para los desplazados sin remedio ni esperanza del mundo del consumo y el progreso. Lo que en su inmensa variedad todos ellos han tenido en común, lo que los sitúa en un mismo orden de realidad desde la independencia hasta nuestros días, es que, en su convulso desorden, en el furor, la algazara y el terror que desencadenan, los saqueos recuerdan —como las catástrofes naturales y las guerras, como las pandemias— la fragilidad de los vínculos sobre los que el orden social se erige, lo que nos mantiene juntos.

⁴² Robert Castel, *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado* (Editorial Paidós, Buenos Aires, 1997).

Title: Looting in Argentine History. Trajectories of a Collective Practice

Abstract: Looting for economic or political motives, with aims of personal gain or ritual destruction, has been a recurrent phenomenon in Argentine history. However, it has received scant historiographical attention compared to other forms of collective action. Its meaning is often opaque to analysis; the distance between protest and individual benefit is not transparent. A clear form of collective violence, its condition as political action is less evident. The article examines the characteristics and significance of looting in different times and places. It then analyses the emergence of the collective practice in three very different historical conjunctures. The first is the war of independence of the Río de la Plata and the disputes surrounding the formation of the national state in the nineteenth century. The second refers to the tensions arising from the establishment of liberal democracy and the emergence of two large mass political parties, Radicalism and Peronism. The third focuses on the new types of social conflict emanating from the process of deindustrialisation and the accelerated growth of structural poverty between the 1970s and the beginning of the present century.

Keywords: looting, political action, social protest, Argentine history, collective violence

Título: Os saques na história argentina. Trajetórias de uma prática coletiva

Resumo: Os saques por motivos económicos ou políticos, com fins de benefício pessoal ou de destruição ritual, têm sido um fenómeno recorrente na história argentina. Contudo, têm merecido escassa atenção historiográfica, se comparados com outras formas de ação coletiva. O seu sentido costuma ser opaco para a análise; a distância entre protesto e benefício individual não é transparente. Forma clara de violência coletiva, é menos evidente a sua condição de ação política. O artigo examina as características e o significado dos saques em distintos tempos e lugares. Analisa depois a emergência da prática coletiva em três conjunturas históricas muito diferentes entre si. A primeira é a guerra da independência do Rio da Prata e as disputas em torno da conformação do Estado nacional no século XIX. A segunda remete às tensões suscitadas pela instauração da democracia liberal e o surgimento de dois grandes partidos políticos de massas, o radicalismo e o peronismo. A terceira centra-se nos novos tipos de conflitualidade social emanados do processo de desindustrialização e o acelerado crescimento da pobreza estrutural entre a década de 1970 e o início do presente século.

Palavras-chave: saqueamento, ação política, protesto social, história argentina,